Mío

Encontré una máquina de etiquetar en el trastero y aspiré toda la melancolía que desprendía aquel trasto. Fue todo un hallazgo, mejor incluso que adentrarme en cualquier álbum de fotos de mi infancia.

En realidad no era mía como tal. En una tira roja se podía leer en letras blancas «Fernando» aunque irónicamente yo la había utilizado para poner «Elena» en cada cacharro que consideraba de mi propiedad.

Empecé por las propiedades que el verdadero dueño de aquel aparato podía arrebatarme. Recuerdo que puse mi nombre en mi lado del ordenador para que mi hermano tuviera claro que cuando jugáramos los dos a la vez, a él le tocaba el derecho. También estampé una banda sobre mi cinta preferida en la que había grabado mis canciones favoritas y que incluía un locutor de radio que siempre estropeaba el principio o el final de las letras.

La guerra, por supuesto, tardó poco en llegar. Por mi casa rondaba una linterna roja, de esas cuadradas que necesitan pilas de petaca y que son especialmente atractivas para poner tu nombre dada su gran superficie. Una noche, en su paseíllo ordinario mientras había anuncios en la tele, se hizo con ella. No dijo nada pero escuché el crujir de la máquina al mover la rueda para encontrar la F, la E, la R… Luego se llevó su nueva adquisición fuera de mi vista. La linterna no era suya así que cuando empezó otra vez el programa, fui a su cuarto y tapé su tira con una de las mías.

Como es lógico, un grandioso día nos regalaron unos *walkie talkies* que acabaron con el protagonismo de la máquina. La lucha no fue tan dramática. Cada uno teníamos uno

y yo rompí el mío primero así que me pertenecía el que tenía la esquina derecha un poco abollada. Ayer por la tarde le llamé para reírnos del descubrimiento. Insistió hasta la saciedad en que la máquina de etiquetas era mía.